

El hecho mecánico

Se dice que esta época es más dinámica y apresurada que todas las otras, y si lo fuese no habría en ella nada de anormal; pero a mí me asalta una sospecha terrible: la de que sea una época de carácter completamente sedentario, obligada por sus creaciones mecánicas a moverse de un modo vertiginoso. Ello parecerá igual. No lo es, sin embargo. No es igual embarcarse en el Bremen, porque se tenga mucha prisa en llegar a Nueva York, que llegar a Nueva York prematuramente por haberse embarcado en el Bremen. No es igual inventar la flauta para expresar un sentimiento musical que inventar el sentimiento musical para darle aplicación a la flauta. No es igual, en fin, mandar a las máquinas que ser mandado por ellas.

Siempre ha habido máquinas en el mundo, y si Mr. Ford se imagina haber determinado por sí mismo una revolución industrial con su automóvil, permítame decirle que está muy equivocado. Esa revolución la inició hace miles de años un hombre mucho más grande que él: el inventor de la rueda ¡La rueda, la quilla, la vela, el timón...! Siempre ha habido máquinas en el mundo, pero jamás como un fin, sino como un medio, y así como antes lo primero era un propósito a realizar y luego la máquina para realizarlo, ahora se comienza por inventar la máquina, luego se ve a qué propósito puede responder, y después se realiza este supuesto propósito como si, efectivamente, fuese un propósito de alguien. Y éste es el hecho monstruoso de la civilización moderna.

Hay, por ejemplo, una infinidad de personas en cuya opinión la palabra es enteramente contraria al espíritu del cinematógrafo; pero una vez inventado el cine hablado, la cosa ya no tiene remedio. El cine hablado supone un progreso, porque resuelve una limitación del cine mudo, y no importa nada el que este progreso mecánico constituya un error artístico. La mecánica nos manda. Somos los esclavos de las máquinas y no podemos tener gustos contrarios a sus funciones.

Y si esto se ve claro en alguna parte, es en Nueva York más que en ninguna otra. Ríanse ustedes de esa especie según la cual todo el mundo tiene aquí siempre mucha prisa. Como los vecinos de Nueva York van constantemente de prisa, parece que, en efecto tienen prisa, y hasta es posible que ellos mismos crean tenerla, de igual modo que, como sólo ven películas habladas, parece que las prefieren, y acaso ellos crean preferirlas a las películas mudas; pero, ¿cómo no va a haber personas ociosas y desapresuradas en la comunidad más rica del orbe? De mí sé decir que yo no tengo jamás prisa ninguna, pero el hecho mecánico se nos impone aquí con tal fuerza, que yo no tomé nunca un tren local en el Subway cuando puedo tomar uno expreso, así como pudiendo hablar por teléfono con todo el mundo, no hablo ya directamente con casi nadie. Después de todo, amigo lector, .yo soy un hombre moderno. Soy un hombre de mi época, aunque, la verdad, preferiría ser de cualquier otra...

Julio Camba

ABC, 21 de abril de 1931. Página 3